La loca

Mina G

Image not found.

Capítulo 1

Cuando yo me pongo loca, me encierran en una habitación con paredes blancas hasta que finjo que se me pasa. La habitación me abre sus puertas todas las noches, allí duermo de ordinario. En ella he dibujado un bosque de árboles azules, como mis sueños, y cual mulata de Córdoba uso mi dibujo para escapar de mi prisión cuando la siento prisión. No necesito hechicería ni magia, con mi locura basta.

En mi bosque no hay caminos ni veredas, el camino lo hago yo dependiendo de a dónde quiera ir. A veces llego al lindero del bosque y encuentro un lago tranquilo con aguas de espejo, junto al cual me pongo a contemplar las nubes que pasan. A veces el bosque termina en un acantilado altísimo, en cuyas paredes rompen las olas del mar. Desde allí puedo sentir la brisa, mirar el sol ponerse y disfrutar con el estruendo de las olas estrellándose con toda su fuerza. En particular me gusta ir allí, sobre todo las noches de tormenta, cuando la lluvia cae con fuerza iracunda y las nubes del cielo se mezclan con el mar y el viento me empuja y la arena corta y una se siente parte de la tormenta, con toda esa fuerza y esa ira desbordada, con toda esa energía liberándose en un constante aullar y azotar.

A veces corre un arroyo claro por entre los árboles de mi bosque, y mojo mis pies en sus orillas, o me paro en medio de él, con el agua llegándome en unas partes hasta las pantorrillas y en otras cubriéndome por completo. Si el tiempo es frío el agua se siente tibia y acariciante, como un susurro junto a tu cuello en invierno. Si el tiempo es caluroso es agua es fresca y revivificante, como una cachetada en medio de la modorra.

A veces mi bosque simplemente no termina, y camino y camino, alumbrada por el sol que se cuela entre las hojas y lo ilumina todo de un reflejo verde en primavera y verano y dorado cobrizo en otoño, y voy guiada por el olor de la tierra húmeda, y del musgo y de los líquenes, y de las flores y su polen, y de la resina de los árboles, que se convierten en una especie de festín para devorar con la nariz.

El problema es que a la mañana siguiente me liberan de nuevo, logré fingir que no estaba loca y me dejan salir de la habitación de paredes blancas. Entonces salgo a la calle fingiendo cordura y miro con envidia a esos locos que no fingen y van por allí en completa libertad. ¿Por qué a ellos nadie los encierra?